

Discurso de contestación, en nombre de
la Academia, del Sr. D. José M^a Ca-
macho Padilla, Académico de Número.

ILUSTRÍSIMOS SEÑORES:

Por esta vez la docta casa ha acertado al señalarme a mí para dar la bienvenida a nuestro compañero don Rafael Aguilar Priego. No ha sido el acierto por mi calidad de crítico de arte, que no la tengo; ni por mi representación en la Casa, que no acusa ningún valor apreciable; ni .. por esas otras muchísimas razones que están vivas en nuestra memoria, que todos justipreciais con acierto y que yo no he de enumerar, porque la lista sería inacabable; que la desproporción es demasiado evidente, entre mi humilde persona y la verdadera ciencia y el arte verdadero que, con un canon cordobés— y es conocido de todos lo que este canon representa en España, en todos los órdenes del saber—está refugiado en esta hermosa Casa. De hermosura espiritual solo, pues no ha podido alcanzar aún la alegría de una casa material propia a pesar de sus ciento cuarenta años de abnegada existencia y de cívica ejemplaridad. Aguarda el desinterés y el apoyo de unas autoridades cordobesas, tan juveniles y animosas, por ejemplo, como las que en estos días rigen los destinos y enriquecen con prodigalidad y gentileza la perspectiva urbana de la ciudad, que estén dispuestos a comprender con generoso amor, que la obra cultural más destacada y persistente de nuestra Andalucía y una de las de mejor y más acusada personalidad entre todas las de España, debiera tener su solar propio de Señorío.

La designación, digo, ha recaído en mí porque aquí, como en otras partes, era muy conocida la amistad leal, y sin nubes de ningún género, que nos ligaban a Rafael Aguilar López y a mí.

Mi amistad hube de recogerla en un soneto. En él quise encerrar la historia de aquellas sosegadas charlas nuestras en el áureo ámbito de la Catedral cordobesa, o bajo el columnario inmenso, guarnecido de soledades y penumbras, de la Mezquita-Aljama, o cobijados bajo la mística maravilla de Arfe, cumbre excelsa de la orfebrería, repleta de invocación eucarística y luminosa, o en repaso inacabable de la Biblia en madera de Duque Cornejo; o asomados al balcón de Doña Juana, a donde el río nos venía a cantar, en aquellas mañanas de invierno soleadas y magníficas, coplillas del alto

Guadalquivir, mientras por la calle discurría la gracil fémica del Alcázar viejo.

Y por esa amistad llegaba naturalmente que, mi alegría al recibirlo, habría de ser mayor, o, por lo menos, habría de celebrar su entrada, uniendo al reconocimiento de los méritos que le adornan, el gozo de ver que se encontraban en el hijo de un tan querido amigo; que es muy humano que, cuando el merecer y el querer se juntan, la alegría se viste de fiesta, y, con el voltear de las campanas, se acompañen los cánticos del campanero y las risas del corazón.

Es obligada en estos momentos la exposición, en primer lugar, de la personalidad científica del recipiendario. Y en este punto mi primer impulso, fué ciertamente, y aunque parezca paradójico, el más sensato. Creo que mis primeros impulsos lo son siempre; o, de otra manera: creo que mi inteligencia no alcanza, ni con mucho, a la claridad de mi instinto. Yo pensé: ¿Para qué decir cómo es Rafael Aguilar Priego, si con este discurso está dicho todo? Los que han tenido la fortuna de seguir sus incansables investigaciones desde que ingresó como Correspondiente en la Academia de Córdoba, hasta que fué nombrado de Número, no habrán encontrado mucha diferencia. Este trabajo es uno de los muchos que él ha llevado a cabo. Uno más, con una sola variante: mejor que los otros. El darse cuenta exacta de lo que esta mejoría significa, es comprender el mérito de su obra. Avanza en el trabajo, porque lleva unidos siempre el esfuerzo material, constante, pertinaz e incansable, al vigilante espiritual de la inteligencia despierta y de la curiosidad nunca saciada: porque todavía no lo ha hecho y ¡ojalá nunca lo haga! de su trabajo un oficio; ni ha aprendido a producir en serie, con el fin de sustituir la calidad de la mercancía por la cantidad; porque aún es romántico y no ha olvidado que la meta a que ha de llegarse está a infinita distancia.

El trabajo es, pues, como esperábamos. Nos ha descubierto unos documentos de un interés enorme para el arte cordobés; nos ha llamado la atención sobre aspectos artísticos que acaso pasaron inadvertidos para nosotros; nos ha reconstruido una obra resquebrajada por largos e inquietos años... Y los que no la conocían, ¿No han visto que gallardamente justifica nuestra designación? Yo preguntaría: Amigos ¿Que os parece? ¿No sentís ganas de visitar el Retablo de Santa Isabel? ¿No echáis de menos que, ese Retablo, no se haya conservado en su primitiva forma, repleto de magnífica armonía que al conjunto hubo de darle Roldán? ¿No estáis convencidos

ya de que, cuando un escultor agrupa una serie de figuras, lo hace con arreglo a un plan, que es preciso respetar, para que la obra conserve la debida trabazón estética, que forma el conjunto armónico, y, en este caso, religioso además?... El demostrar todo esto, con los documentos en la mano, arrancados del olvido de siglos, cayendo aquí y tal vez hiriéndose allá, ¿No es bastante? ¿No justifica de valor acreditado esa investigación, que tropieza con las dificultades de leer en los papeles viejos, garrapateados, con letras imposibles y con descuidos caligráficos muy difíciles de salvar; y con el tumulto de legajos y legajos, a veces sin clasificar, a veces con inmensas lagunas, que la incultura, la desidia, la mala fe, hubieron de establecer en el correr de los años; y con el recelo, no siempre injustificado, de ciertos centros que niegan elementales facilidades al mejor de los deseos y al trabajo más celoso?. Y todo esto llevado a cabo en el humilde rincón de una provincia, sin ningún estímulo económico, sin ninguna promesa de fama o de gloria, que están centralizados en Madrid, en donde únicamente es factible expedir diplomas de sabios... como si esas cosas dependieran—y al parecer dependen desde la noche de los tiempos,—de un organismo oficialmente constituido y caciquilmente gobernado

Por todo esto y por algo más que no digo, porque no es del todo necesario, creo que mi primer impulso no estaba mal del todo. Después de este discurso que habeis oido. ¿Para qué más? He aquí el hombre. He aquí su obra. De esta juventud y de esta ciencia podemos esperar mucho, a juzgar por el presente que nos trae. Y esto es lo que en definitiva voy hacer De la lista de sus trabajos por la cultura cordobesa, sin duda encabezada por la sonrisa amable de la fortuna, solo voy a citar este hecho altamente significativo:

El Ayuntamiento cordobés tuvo el acierto indudable de poner al día la visita a nuestros monumentos. Glosando unas palabras que hube de pronunciar al leer mi discurso de ingreso en esta Casa, diré que es verdad que, hasta ahora, nos hemos preocupado por mostrar a los forasteros—de España y de fuera de ella—las riquezas de nuestra ciudad. Y también lo es que el cometido se ha llevado a cabo con el mejor de los éxitos, dirigido siempre por alguno de nuestros ilustres compañeros—¡tan conocidos!— que hubieron de afirmar con sus magníficas descripciones, cómo la Mezquita, o los Museos o los templos de Medina Azahara, no pudieron tener nunca mejores mentores Pero teníamos olvidado un simple quehacer; mostrar estos mismos tesoros a los cordobeses mismos; a los que viven

en Córdoba y no saben el valor del terreno que pisan; a los que entran en la Mezquita y no ven más que columnas y columnas, arcos y capiteles y una frase estereotipada que dice «Esto le gusta mucho a los extranjeros». Pues bien, ahora, el Ayuntamiento actual,—digo—ha querido suplir esa falta, organizando una serie de visitas dedicadas al pueblo mismo de Córdoba, encargando la misión de dirigirirlas a los expertos. Las de la Mezquita, que han sido coronadas por un éxito muy linsojero, y seguidas afanosamente por una multitud ávida, ansiosa de cultura y orgullosa de sus preseas, fueron encomendadas a Rafael Aguilar Priego, experto como sabéis todos, por sus trabajos y por su tradición, en el conocimiento de nuestro magnífico monumento nacional.

Este es el valor probado. Recorro la vista por la larga enumeración y, realmente, en nombre de la Academia, amigo Rafael, me encuentro satisfecho. Conozco además tu trabajo inédito; sé cómo un día y otro, laboras incansable; hemos hablado de esto, de lo otro. . . Esto es: sé que el volumen de tus papeletas aumenta con los días; que hoy reunes material bastante para hablarnos de un guadamecilero:...ayer completaste la documentación para revelarnos los secretos estéticos y crematísticos, de la fábrica de un Retablo; o nos dices que has comenzado a amontonar datos para descubrirnos cómo en uno de los portapaces de nuestro tesoro catedralicio, se encuentran fundidas tales y cuales joyas y cuales fueron los donantes generosos.. Y se agrupan las hojas de nuestra historia.. Sigues la ruta... perdonadme, señores académicos, porque pronuncio un nombre que, en esta ocasión está fuera del Protocolo; pero es que se vá a los puntos de mi pluma inconteniblemente.

Quiero decir el nombre de una persona que tenemos en Córdoba olvidada y representa nada menos, que una montaña de historia descubierta... El nombre es el de José la Torre, al cual parece que estamos deseando verle muerto para tener ocasión de rendirle el verdadero homenaje. ¡Que mal nos portamos con los vivos.., aunque con los vivillos nos desahogamos en cortesés pleitesías! Y quiero decirlo, porque para mí, minero de metáforas, es el mejor argumento que puedo exhibir en el caso actual. De todos vosotros, es conocida la valía de nuestro compañero José de la Torre. Con máxima atención pensad en esto: ¿Cuál es el que alguna vez, no ha acudido a él —al tesoro de su felicísima memoria, al archivo de su riquísimo fichero— en demanda de algún dato, de una fecha, de un nombre? Para encarecerlo y justificarlo me basta con dejaros pensar unos

instantes,— en la seguridad de que todos vosotros me responderéis afirmativamente, y además me diréis que habéis obtenido el dato que os era preciso y algunos otros que no sabíais como os eran convenientes. Pues bien; el sucesor inmediato de todo esto, memoria feliz, trabajo constante, archivo inapreciable, amor a Córdoba, desinterés, es Rafael Aguilar Priego. Ahora ya, joven todavía —joven de esa edad a propósito para entrar en esta Casa, que tiene algunas características de Senado— presenta muy acusadas las virtudes del maestro La Torre. Desde hace algunos años trabajan juntos. Se ayudan, se consultan, salvan ese documento escrito que está expuesto a desaparecer en un momento, o por un incendio incontenible o por la absoluta necesidad de envolver con él un kilo de rape... y cantan, sin pausa, un himno de amor a la verdad de la historia patria... Y he aquí nuestra esperanza: Que la labor de La Torre tiene ya, en viva realidad, un continuador. Y los dos saben, y todos los que escuchan también, cuánto deseo que esta labor conjunta siga muchos años, los suficientes para que don José sea nuestro segundo centenario.

Pero además siento una particular alegría al saludarle hoy. Hace algunos años —no recuerdo en este momento la extensión de algunos, y me dá un poco de miedo mirar la nota correspondiente, por si el número me asusta o me entristece— hubimos de convocar una Semana Cordobesa. En ella hicimos un apasionado llamamiento a todos los que tuvieran algo que decir de Córdoba, Abrimos de par en par las puertas de nuestra Casa para que llegasen a ella todos los que pudieran exhibir un documento de amor a nuestra ciudad... Y entonces, a la vista del resultado primero, creíamos fracasado nuestro intento. Aún más; hemos traído a nuestro lado a todos cuantos hemos creído que estaban unidos a nosotros por el amor a Córdoba, y nos apena un poco el tener que confesar que algunos de esos señores, sagacísimos investigadores, varones sapientísimos, tan llenos de competencia, tan repletos de devoción a nuestra ciudad, apenas pasado algún tiempo, casi nos han abandonado. ¿Qué les pasó? ¿Es que no han considerado nuestra Casa digna de recibir sus estudios, de conocer sus preocupaciones? ¿Es que se han sentido defraudados al enfrentarse con nuestra humilde ignorancia? Yo les diría, parodiando, aquellas hermosas palabras de Calderón de la Barca, cuando hace que Pedro Crespo ruegue al Capitán que le ha deshonrado:

No creo
 Que desluzcáis vuestro honor;
 porque los merecimientos
 que vuestros hijos, Señor,
 perdieran con ser mis nietos,
 ganarán con más ventaja,
 Señor, por ser hijos vuestros.
 En Castilla el refrán dice,
 que el caballo, y es lo cierto
 lleva la silla...

¿Por qué no vienen? La Academia, con sus trabajos, espera cobrar fama y esplendor. Y nosotros, los que acudimos a ella, aguardamos sus palabras para encontrar nuevos motivos que justifique nuestro cariño a Córdoba, si hubiera alguna forma de desaliento que nos atacara a nosotros, que hasta ahora no hemos tenido ni una sola vacilación. Pero ahora vemos que aquel llamamiento nuestro fué oído por la juventud de entonces que ahora llega... Que bien nos parece este refuerzo ya, y con el material tan rico que muestra.

Como el padre que vé en la prolongación de su estirpe, la seguridad de que su lugar de señorío no acabará nunca, así vemos nosotros a esta juventud tuya, que viene a continuar nuestros trabajos, a recibir nuestra herencia, y se dispone, con tanta gallardía, a seguir la siembra de las mejores flores, en el campo ubérrimo de nuestra Córdoba inmortal.

Por esto es nuestro alborozo. Y al saludarte, levantamos de nuevo nuestra voz fervorosa para decir a la juventud de hoy: ¿Veis? Este es el camino. Solo es preciso una condición: Amor a nuestra ciudad. Amor que no está acreditado solo, ni muchísimo menos, con el detalle occidental de que la partida de bautismo esté inscrita en los Archivos de la Parroquia de Santa Marina, o que se haya nacido en el barrio de la Catedral. Eso es demasiado poco para servir de justificación. ¡Cuántos ejemplos podrían citarse de cordobeses que no se acuerdan de Córdoba cuando más han de servir! No quiero hacer relación de sus nombres, porque las listas negras son siempre desagradables. Además, lo digo henchido de satisfacción y convencido de la certeza de mi palabra, si se acuerdan de ella para sentirse orgullosos de su patria chica, cuando las trompetas de la fama cantan alguna de sus gloriosas excelencias. ¡Dichosa ciudad que tiene tanto tesoro de sobra que pueda repartir

con holgura entre todos sus hijos, buenos y malos, orgullo, dignidad y señorío!

No hay que citar tampoco la multitud ingente de cordobeses que ilustran con sus investigaciones, con su preocupación, con sus creaciones a la ciudad que les vió nacer. La nómina de todos los tiempos, está colmada de figuras señeras. Y con nosotros viven ejemplos destacadísimos que harán de esta época de nuestra casa una de las más fértiles de su larga vida, por la claridad de su inteligencia, por el incansable trabajo, por la atención inequívoca, por el insobornable amor que le dedican. Son de todos conocidos y sus nombres en estos momentos hacen vibrar, con un aleteo de alegría silente, las cuerdas de nuestras gargantas. Pero por aquellos que no siendo de Córdoba, no teniendo ese aval de haber nacido en Santa Marina, se encuentran remisos para dar sus trabajos con el temor de que aquí no alcancen la debida estimación, yo quisiera encontrar el argumento Aquiles, que les sacara de su error. Decirles, por ejemplo, cómo aquí hubo otros hombres que no presentan ese detalle del documento geográfico, y sin embargo, son tenidos y queridos como hijos entrañables por esta hermosa ciudad. Es Córdoba tan acogedora que aquí, el que vive un corto tiempo, se siente henchido de amor filial. Si el celta dejó para su pueblo, engarzado entre las hermosas rías y el immaculado verdor, la dulzura de sus sandades y Amilcar entre las montañas egregias de Cataluña el dinamismo y el amor al viaje y a la aventura, en la Bética quedó el Señorío Romano, vivo desde Jerez hasta El Veleta y remansado en Córdoba en la selección de su colonia Patricia, en el valor de sus mozárabes que en ella pusieron la capitalidad de su fe y en la sabiduría de su corte que durante el primer Califato extendió su aristocrático perfil por todos los ámbitos del mundo. La ciudad es, pues, ciudad desde que nació. Como que casi sus primeros alientos fueron para alimentar a la más fina aristocracia del Imperio más grande que ha conocido el mundo. Desde aquel mismo día perdió, si es que lo llegó a conocer, el prejuicio aldeano, el tono menor, para percibir con alta precisión la enorme distancia que existe entre un San Eulogio, un Arfe o un Roldán, y, por ejemplo, uno de aquellos bravos mozos del Potro, digamos para citar a Cervantes, o de los otro que, como aquel guapo Francisco Esteban regaba con sangre la cuesta de la Traición... Que la ciudad, no se alimenta de los dicharachos del lacayo de derecho consuetudinario, ni de las turbias ambiciones del vulgo, ilustradamente estulto.

De aquellos hombres beneméritos, citaré solamente tres, que pueden servir de aliento y estímulo.

Es el primero un romano, Claudio Marcelo. Es el Pretor de la España Citerior en el año 169 de J. C., y fundador de la Colonia Patricia, esta segunda Roma que aún permanece en el subsuelo de la ciudad actual. La que cada día muestra nuevos signos de su inmensa riqueza, que no han despertado todavía la codicia, la pasión arqueológica. Mas hoy ya no es posible negar el esplendor de Córdoba, igual o acaso superior al de la hermosa Tarragona a juzgar por los restos que cada momento aparecen. (*La opulenta Córdoba* como le llama entusiasmado el poeta Marcial cuando habla del magnífico plátano que plantó en ella el insigne Capitán Julio César.) El mosaico de Baco, propiedad de los señores de Cruz Conde, puede ser base para trazar el plano de una villa riquísima, asilo quizás de un Emperador en exilio, que aquí vino a continuar su historia o a refugiar sus nostalgias. Los últimos hallazgos, los fustes encontrados en la cimentación del nuevo pabellón de las Casas Consistoriales, sirven para delinear un magno edificio público sin par en ninguna ciudad del Imperio, fuera de la Capital. Y si las riquezas y las artes y el saber no interrumpen el ritmo isócrono que nos ha enseñado la historia de la Civilización, nos bastará con citar el nombre de Séneca, el monumento más recio, más bello, más original de la filosofía latina y más poético de su dramática, para imaginar en Córdoba los esplendores de una ciudad de exquisita espiritualidad.

Todo esto—digo—es bastante, para justipreciar la obra de amor a Córdoba de Claudio Marcelo, llevada a cabo con tan rica fortuna.

Es el segundo Abderramán I, el árabe de Oriente, Emir en Córdoba por los años 756-788, donde el Emir al-Herr había en 716 establecido la capitalidad musulmana. Abderramán, que trajo a Córdoba la hermosa palmera que aún nos gusta soñar cómo adorna nuestro patio de los naranjos—es fundador de la Mezquita-Aljama, de la que alguno de nuestros compañeros, a que hube de aludir antes, tan bellas descripciones ha hecho. Pues bien; Abderramán I, el creador de este monumento que tanto dá que hablar y que admirar; que tantas gentes trae y a tantos hombres preocupa, y a tantos estudios convida y tanta hermosura muestra, es tenido, con todo cariño, como un cordobés de honor.

Y de un tercer fundador, un sevillano, nuestro don Manuel Ma-

ría Arjona. ¿qué vamos a decir nosotros, que no esté tinto de un suave rosado de emoción, si es el creador de nuestra Casa? Y ¿qué vamos a decir de nuestra casa que no parezca apasionado? ¿Qué tiene en su vida, como oísteis no hace mucho de la autorizada voz de nuestro Secretario, el encargo de guardar el alma de la ciudad? ¿Que es el corazón que vibra ante cualquiera de las inquietudes que a cada momento alteran el pulso? ¿No la habeis visto vivir? ¿Escender humilde su silencio? ¿Levantar airosa su voz cuando ha llevado a todos los rincones del mundo el recuerdo de las glorias inmarcesibles? ¿No recordáis cómo el año 29 alcanzó todos los horizontes, al celebrar el milenario del Califato que fué—hemos de repetirlo para nuestro orgullo—el momento cumbre de la cultura española, aquel en que España llegó a ser el Faro del mundo en la sabiduría árabe, en la ciencia y en la poesía judías, y en la conservación y defensa de la religión cristiana? Fué esta Casa la que encendió la llama de la magna fiesta... Así la creó Arjona, porque estaba apasionado por la ciudad.

¿Quién negaría a ninguno de estos tres hombres el título de ciudadanos de honor de Córdoba?

Venid, pues, amigos. en la seguridad de que la Academia tiene abiertas sus puertas, porque el amor es la esencia de nuestra Casa, que enciende a propios y a extraños y los junta en un impugnable servicio de vigilante y trabajo; porque es el artículo más interesante de nuestra cartilla de fundación; y la frase más vigorosa de nuestro Reglamento; y, lo diremos con la seguridad del deber cumplido, la nota que jamás faltó en nuestras reuniones, que informó nuestros trabajos, que vivió nuestros entusiasmos y que nos mantuvo juntos en apretado haz silencioso cuando algún huracán azotó nuestros balcones, levantó nuestro techo y amenazó nuestra vida, con el misterio, el silencio y la ruina.

Pues bien; este amor es el pergamino que Rafael Aguilar Priego, muestra como supremo documento. Y si es el amor el que te trae aquí, ¿cómo he de señalar tus deberes? El hombre enamorado, ni necesita, ni admite, una relación de obligaciones. Solo quiero decirte, amigo, que tu amor no se extinga. Pon en tus trabajos el mismo ardor vehemente, que te hace modular las palabras, con ese tono de dominio que has empleado al hablar del Retablo de Santa Isabel, que parecía como si toda la Capilla fuera tuya, porque es el mismo tono que empleamos cuando hablamos de nuestra madre; nuestra sin compartición posible. Que ese amor te mantenga siempre fiel, a

prueba de sinsabores o angustias, sin sentirte defraudado nunca; que cuando nos veas vacilar, tu nos sostengas con tus trabajos. No imites a esos ilustres amigos, que nos privan del gran bien de su sabiduría... Nosotros solos no somos la Academia. La Academia no es uno; es el conjunto de todos, y si tu faltas, como cuando faltan ellos el Arca Santa de la ciudad padece. La Academia, que solo vive para Córdoba, que deseosa, claro está, de conocer todo lo humano, limita, sin embargo su acción a lo puramente cordobés, y en esa inquietud no reconoce rival—es éste tan vivo: La Casa a donde llega un día el gozo de una estatua del Duque de Rivas ennoblece nuestros Jardines hermosísimos... otro día, las naves en donde se repite el eco de las lamentaciones por la pérdida de un hombre ilustre... o adonde se extiende la alegría de la construcción del Puente Nuevo sobre nuestro Río querido, el que está dibujado ya para la entrada a la ciudad, una de las perspectivas más bellas, más encantadoras, más limpias entre todas las que existen en España... o el laboratorio en donde se busca incansablemente por los secretos de nuestra Bella Durmiente, la ciudad perdida de Medina-Azahara... o el aliento y la esperanza para que la juventud encuentre en los nuevos aires los cánones vírgenes de una nueva manera de ver y hasta el matiz que hace de un romance cordobés, el poema más armonioso... Toda la ciudad en suma. Si ocupas tu puesto, vigilante y tenaz, nadie te estorbará; y lo que es de mucho mayor interés: No estorbarás a nadie y tu trabajo, orlará de flores el camino de tu vida. Desde ahora tus amigos te saludarán con la burleta de ¿cómo van esos sabios?... Eres uno de nosotros, de esos que servimos, nunca con mala intención, eso nó; pero siempre con una leve ironía, para entretener el quehacer de no hacer. Después, un año, figurarás en alguna Comisión, para dictaminar sobre el Tema de algún concurso; quizás coseches alguna flor; y tal vez escondida entre sus pétalos, la espina de alguna malquerencia, el picotazo del algún insecto, el son de alguna risita desentonadilla... Un día acaso te verás envuelto en alguna burla, como aquella de la lápida de Selim, que dió carne a la fábula y la ironía... o en la avalancha de una juventud que quiere volar alto, alto, una veces sube hasta perderse en las ansias del espiral de su vuelo aquilino y llegar a las más altas regiones de las estrellas, y otras se fabrica con todo su fervor ardiente, una magnífica sombrilla de palo, para lanzarse al espacio desde el San Rafael de la torre...

¡Bah! No te importe. Todo esto está sobradamente compensado con la asistencia —¡ya lo sabes!— a nuestras sesiones sabatinas, en las que lentamente, como el formar de una capa geológica, se reconstruye, se inventaría, se da fe notarial y algunas veces hasta se fabrica nuestra historia... sin estridencias... sin ruido... sin aspavientos...; ¡Qué encanto tienen! Una charla al parecer, sin argumento...; una levisima comunicación sobre el último hallazgo arqueológico; una aguda nota bibliográfica sobre el libre escrito por un Académico...; una rancia observación... ¡Casi nada!... Pero entre todo ello se charla un día, por ejemplo, del problema de la Arabia Saudita. ¿Recuerdas con qué competencia, cómo aquel que puede exhibir el *Señorio en el decir y en el hablar*, que tan agudamente especificaba Gracián, se habló en nuestra Casa el curso pasado y con cuánta claridad y dulce serenidad suave se plantearon los problemas árabes que actualmente gravitan sobre el porvenir de nuestra Patria?... Y otro día se habla del mozarabismo cordobés. ¿Cuántas noches los nombres de nuestros ilustres mozarabes, ya Alvaro Paulo o Sanson, ya Eulogio, resonaron en nuestro salón silencioso, para llenarle de armonías admirativas? Y de aquellas noticias del año de la Nana, pero vivas, acabadas de despertar en el Archivo de la felicísima memoria de nuestro querido Presidente Honorario, que tan bella firma ponía y tan graciosa rúbrica dibujaba a las noticias de tu historia?. ¡Y qué puro y limpio crece así el concepto de la Patria! La madre que, cuando recibe a un hijo, le abraza amorosísima, cualquiera que sea el color de sus ojos; y el hijo que cuando piensa en su madre, la pone en el Altar Mayor de su corazón. En el Altar Mayor de nuestro corazón está nuestra patria. ¡Vamos adelante! Mejor que todos los honores de la humana convivencia pueda otorgar a tus desvelos, este amor a la Patria que enciende el corazón con ciegos fervores; mejor que el bienestar económico que por otros caminos pudieras alcanzar con más pequeño esfuerzo, es este bienestar que se siente cuando se llega a leer en una piedra rota y embarrada, la noticia de un hombre, el recuerdo de un día, el plano de un Castillo; mejor que el ruido —si bien gratísimo— de las trompetas de la fama, es esta caricia amable de nuestra ciudad, cuando se siente complacida por la temblorosa ofrenda de nuestra inquietud y nuestra preocupación.

En nuestro hogar se queman las leñas de nuestros olivos centenarios. A él venimos a recordar nuestros desvelos, a energullecernos de nuestra estirpe, a embellecer nuestros blasones.

Yo te saludo y ahora, como si tu llegada fuera un nuevo aliento para mis ansias, me dispongo a seguir contigo, lleno el corazón de esta fe inquebrantable que anidó en mi corazón hace muchos años, de que si nuestro afán humano es llegar al fin, tenemos en nuestras manos el único medio; seguir, hacia ese Dios infinito de todas las sabidurías y los amores todos, con las mismas ansias, con el mismo arrojo, con la misma fe: seguir con el impulso vivo.

He aquí nuestra Casal Hijo, ya estás.

He dicho.

